

Determinantes simbólicos e imaginarios de la identidad

Migración, exilio, racismo y xenophobia

Victor Korman

1. Introducción

Con mucha frecuencia los poetas, filósofos y literatos han captado con claridad algunas cuestiones claves de lo humano que el psicoanálisis ha procesado con sus propios conceptos. Este fenómeno se manifiesta de manera brillante en la siguiente cita de Marguerite Yourcenar:

Experiencia con el tiempo, dieciocho días, dieciocho meses, dieciocho años, dieciocho siglos. La inmóvil permanencia de las estatuas que, como la cabeza de Antinoo, Mondragón en El Louvre, viven en el interior de este tiempo muerto. El mismo problema considerado en términos de generaciones humanas: dos docenas de pares de manos descarnadas, unos veinticinco ancianos, bastarían para establecer un contacto ininterrumpido entre Adriano y nosotros. (La traducción me pertenece). *Memoires d'Hadrien suivi de Carnets de notes*, Marguerite Yourcenar, (1971), pág. 42, Gallimard, Paris.

Este párrafo alude bellamente a la transmisión intergeneracional de lo psíquico y del capital simbólico de la humanidad, fenómeno que Freud integró en su concepto de identificación primaria. El vienés y

la autora nos muestran -cada uno a su manera- que esa herencia simbólica nos llega desde muy lejos y deja sus marcas en las subjetividades contemporáneas. Esta transmisión es habitualmente vectorizada por las figuras parentales del infante, quienes a su vez las recibieron de sus propios padres y éstos de los suyos. Esa larga cadena se inició en el Protopadre de la Horda Primitiva y llega hasta la actualidad.¹ Interesa remarcar aquí que tanto para Yourcenar como para Freud no se trataba de una transmisión filogenética de raigambre biológica ni, menos aún, cromosómica: constituía una herencia cultural que, por vía identificatoria, coadyuvaba a la conformación de la identidad de *todos* los seres humanos. Estaríamos ante un rasgo compartido, aunque cada uno se haya apropiado de ese patrimonio de manera singularizada. Esa heredad mancomunada suele generar menos conflictos que los aspectos que diferencian entre sí a las identidades de cada *homo sapiens*.

Dos, tres o tal vez cuatro docenas “de manos descarnadas” serían necesarias para reconstruir esa extensísima saga iniciada en el *Urvater*. Manos repletas de arrugas, de marcas y surcos, con sus venas potentes, muy visibles, que se transparentan en caprichosos recorridos, azulando la policromía de pieles finas y gastadas. Transmisión psíquica intergeneracional inconsciente, podríamos decir desde Freud; flujo incoloro e invisible que ha ido conformando mentes desde tiempos inmemoriales. Esa transmisión nos hace a todos parientes, allegados. Cuando unimos nuestras manos a las de esos ancianos sentimos el pulso de los ancestros, vemos los rostros de la tribu, apreciamos nuestra pertenencia a una estirpe iniciada hace milenios. Percibir esa cadena viva es la mejor cura para la infatuación yoica y el narcisismo de las pequeñas diferencias.

Cada uno de esos cuerpos avejentados recorrieron los senderos del cansancio y se fueron uniendo a la saga con una flor y un poema en una mano, mientras que en la otra portaban desgarros y pares de

¹ En *El yo y el ello* (1923), pág. 33 del tomo 19 de las O. C., Amorrortu ediciones, Freud afirmó que esta identificación primera acontecía con el padre de la prehistoria personal. Considero que este padre se corresponde con el Padre originario, ancestral -el *Urvater*, el Protopadre de la Horda Primitiva- descrito en *Tótem y Tabú* (1913).

opuestos. En fin: caricias de la poesía..., pero también fieros manotazos; y esto ha sido así desde que el mundo es mundo. El testigo se fue trasapando y los sucesivos futuros se hicieron nuestro presente. Entonces..., un quejido doloroso se nos escapa al comprobar que también las contradicciones recorrieron esa cadena y llegaron hasta hoy: lo propio/lo ajeno, lo eterno/lo efímero, los afectos/la razón, Eros/Tánatos, el narcisismo/las relaciones de objeto fecundas, amores/odios, la guerra/la paz, la tolerancia/la incomprensión.

2. Este artículo

Lo que leerán en las próximas páginas está atravesado por mis frecuentes reflexiones sobre la identidad, las migraciones, lo otro, lo diferente, lo extranjero, los conflictos identitarios y los fenómenos de racismo y xenofobia. Conflictos sempiternos que están resurgiendo últimamente con mucho ímpetu.

Este texto tiene como antecedente lejano una ponencia presentada en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona, en una Jornada conmemorativa del 70 aniversario del exilio republicano. Reelaboré y amplié lo entonces dicho en un escrito que intentaba ser una respuesta más reflexiva y mediatizada ante los horrores de las guerras, los exilios, las migraciones y los conflictos que tales situaciones acarrean. Vuelvo a hacerlo nuevamente ante la solicitud de la Revista *Psicoanálisis* de APdeBA; en esta ocasión incluyo reflexiones derivadas de aquello que se está viviendo actualmente en Catalunya, que es de público conocimiento y que siento con intensidad dado que hace cuarenta años que resido en Barcelona. Apenas me referiré explícitamente a ese tema, pero mis ideas al respecto están incluidas en la trama eidética del presente artículo. La escritura del mismo forma parte del procesamiento psíquico de mi condición de emigrante, que se realiza en planos y espacios diferentes -todos ellos vinculados con la cuestión identitaria-. He dado el nombre de *trabajo de extranjería*

a esa labor. Tal denominación tomó apoyo en los conceptos psicoanalíticos de *trabajo del sueño*, *trabajo de duelo* y *trabajo de elaboración* (*Durcharbeitung*). El *trabajo de extranjería* es la exigencia que se le impone a la psique por la movilización de afectos, pensamientos, sensaciones, vivencias e imágenes, derivadas del hecho de vivir una emigración y de radicarse en un contexto socio-cultural diferente. Tarea ardua, cotidiana, dolorosa, atractiva, enriquecedora y probablemente interminable.

3. El ángulo de enfoque

Encararé el tema desde una perspectiva psicoanalítica tomando apoyo en cuatro tesis que me han resultado especialmente fértiles para el estudio de problemáticas en las que se engarzan lo psíquico y lo social. La primera sostiene que lo psíquico es lo social subjetivado; la segunda afirma que lo social está en el sujeto y el sujeto está en lo social. El tercer fundamento tiene que ver con una caracterización psicoanalítica de lo social que pongo a consideración de los lectores: es el conjunto de las transferencias múltiples y recíprocas que se establecen en la sociedad entre la multitud de sujetos que la conforman. Lo social y lo subjetivo tienen fronteras muy porosas y cuando se produce un pasaje de uno a otro espacio se genera *ipso facto* la transformación de aquello que hizo ese traspaso. Va de suyo la presencia insoslayable de lo corporal en todos esos intercambios. Cuarto y último pilar: la autodeterminación no es sólo una cuestión que atañe a los pueblos; también es esencial para cada sujeto. Hablo de autodeterminación y no de autonomía ni de autosuficiencia, estados imposibles para los humanos, dada nuestra dependencia estructural de la alteridad. La noción de *diferencia* será fundamental en mi argumentación.

Poseedoras de consistencias distintas, el sujeto y la sociedad mantuvieron siempre relaciones paradójicas: están en continuidad

möbiana² y a la vez existe una frontera o hendidura entre ambas que está atravesada por centenares de puentes. Se influyen mutuamente y se interpenetran. La identidad circula permanentemente entre los espacios subjetivo y societario.

4. ¿Qué es la identidad?

La identidad implica sentirse y reconocerse poseedor de determinadas marcas o características singulares; cuando algunas de ellas se las asumen como compartidas con otros semejantes -que también las manifiestan y despliegan- la identidad adopta una dimensión social. Por la forma en que se constituye, es difícil -aunque necesario- diferenciar lo estrictamente personal y lo social en la identidad; la dificultad para discriminarlas se debe a que lo subjetivo nace simultáneamente con la sociabilidad. La noción de identidad en su vertiente social supone la idea de ser partícipe de un colectivo que tiene una historia y un presente, connotados generalmente como valioso, vital, potente. Se considera, también, que los atributos generadores de ese sentimiento de pertenencia a un grupo son los que diferencian la identidad propia de las ajenas. La identidad nos provee la vivencia de ser un sujeto distinguible de todos los demás.

5. Factores que intervienen en la construcción de la identidad

Son múltiples y de diversa índole; iré señalando los más significativos sin priorizarlos; otros serán sólo mencionados y quedarán huérfanos de explicaciones. Luego los agruparé en dos categorías: determinantes simbólicos e imaginarios de la identidad.

² Aludo aquí a la famosa banda de Möbius y a la superficie topológica conocida con el nombre de Botella de Klein. Ambas muestran esa continuidad entre el adentro y el afuera.

5.1. Determinantes psíquicos de la identidad

Se refieren a las formas singulares que adquirieron las instancias psíquicas en las estructuraciones subjetivas de la infancia y adolescencia: lo inconsciente, lo pulsional, lo fantasmático, el goce, el balance Eros/Tánatos, el narcisismo, la compulsión a la repetición, etcétera. Lo dicho en esta frase conlleva la idea de que al nacer carecemos de identidad; ésta se adquiere a través de un complejo proceso identificante en que el medio familiar -primero- y el entorno social -después- aportan los rasgos psíquicos que serán propios y específicos de cada quien. Gracias a las identificaciones el sujeto va adquiriendo su identidad *por pizcas*. La combinación de tales migajas da forma a la identidad, al modo de una constelación o de un caleidoscopio; es decir, por composición de partículas. Por eso todas las identidades, incluso las bien logradas, serán siempre fluctuantes, vacilantes, inestables, móviles; es decir, lo contrario a la coagulación o petrificación. Esto, sin embargo, no le quita fuerza ni consistencia.

No hay sustancia material en la identidad psicoanalíticamente entendida, todas se sostienen en rasgos parciales y fragmentarios; por eso *todas* tienen una dosis de inestabilidad. Cuando más partículas la conforman, menos se tenderá a ver las cosas desde un único ángulo. La identidad es un tejido vivo que se hace, deshace y rehace de manera continua; no está hecha de una sola pieza, no es una estatua. Una frase del tipo “todos somos iguales, todos somos distintos”, podría condensar buena parte de las ideas recién vertidas. Justamente, la alta singularidad de los rasgos posibilita que, dentro de una sociedad dada, cada sujeto pueda discriminarse de los otros, sin hacer masa. Las semejanzas y las diferencias transportadas por la identificación se replican en el terreno de la identidad.

La razón psicoanalítica -que puede coincidir parcialmente con otras razones- se acerca a la cuestión identitaria con los conceptos mencionados en el párrafo anterior. Si bien se abordará la identidad en lo social y lo social en la identidad, el marco general y el foco estarán colocados en un sujeto *singular*, consagrado a construir su

propia vida, que reconoce la existencia de otros abocados a ese mismo proyecto, con los que tendrá que convivir. Por lo tanto, le supondremos interrogarse sobre qué significa para él la vida comunitaria y política. Lo social no es una entelequia; es la congregación de muchos sujetos; el conjunto así constituido es más que la suma de las partes. El psicoanálisis se acerca a ese conglomerado humano con su enfoque específico: resaltaré la participación de lo *inconsciente* en esos vínculos: nos integramos en la comunidad haciendo *transferencias* sobre los demás y, a la vez, quedamos siempre involucrados en las transferencias que otros generan.

5.2. Otros factores que inciden sobre la identidad

Serían los de índole cultural, los geográficos (dado, básicamente, por los lugares de nacimiento), étnicos, religiosos, ideológicos, éticos, económicos, sociales, laborales, etcétera. Cada una de ellos incide con intensidades variables en otorgar tonos y matices a las identidades.

5.3. Determinación simbólica de la identidad

Que cada sujeto construya y sea portador de una identidad es una peripecia obligada, insoslayable, porque ella es un correlato de la estructuración subjetiva vía identificación. Que ella sea consciente y reconocida por el sujeto es otro asunto que no invalida ser poseedor de la misma. Lo inconsciente aporta aspectos simbólicos de la identidad y en tanto es una articulación de inscripciones psíquicas altamente singulares, generará diferencias entre las identidades de cada sujeto. Ellas pueden percibirse, incluso, entre los miembros de una misma familia. La identificación y su consecuencia -la identidad- conllevan siempre la semejanza y la diferencia. Algo análogo sucede con los complejos fantasmáticos propios de cada sujeto. Por otra parte, la determinación por lo pulsional del Otro genera modos

peculiares de goce³ en cada *hablanteser* que también inciden sobre la identidad. A ellos se suman: a) las provenientes de la intensidad con que operó la castración sobre el narcisismo en cada persona y b) las surgidas de las modalidades de idealización, según cuál sea su fuente predominante: yo-ideal o Ideal del yo.

La mirada peculiar del psicoanálisis resalta la singularidad de todos los sujetos. Cada uno es único. Esta unicidad reside, básicamente, en lo idiosincrásico y altamente peculiar de la transmisión psíquica intergeneracional inconsciente recibida, que quedó plasmada en la conformación de instancias y sistemas de la psique. También participa el azar en la estructuración subjetiva y, por ende, en la identidad. Incide asimismo la autoorganización⁴ y la “metabolización” que el candidato a sujeto realiza con los rasgos psíquicos provenientes de los objetos identificantes. El conjunto de factores mencionados configura la dimensión más íntima y privada de la identidad.

Con estas breves consideraciones ya se aprecia que el psicoanálisis se acerca a la cuestión identitaria desde un ángulo distinto a los enfoques psico-sociológicos, antropológicos, políticos, jurídicos, etcétera. No puede ser de otro modo pues estas praxis tienen objetos de estudio y fines específicos, diferentes de los nuestros. Es frecuente que ellas utilicen el vocablo *identidad* tomando como referentes ciertas y determinadas características bien discernibles y aparentemente objetivas: la raza, la etnia, el sexo, la religión, la nacionalidad, la orientación sexual y otras. Sin embargo, estos factores “objetivos” son siempre vivenciados subjetivamente por cada quien. En dichos contextos, el empleo de la palabra identidad conlleva dos convicciones: el portador de la misma *sabe* realmente quién es y con-

³ Respecto del goce -concepto lacaniano- remito a mi libro *El espacio psicoanalítico* (2004), Editorial Síntesis, Madrid. En las páginas 345 a 347 aparece una caracterización sucinta del mismo.

⁴ La “autoorganización” es uno de los conceptos básicos de la teoría de la complejidad. Lo he importado a la teoría de la identificación. Pueden leerse al respecto mis *Estudios Psicoanalíticos* (2017); Tomo 10, página 109 y siguientes, Editorial Triburgo, Barcelona.

sidera que su identidad está determinada por uno o varios de los caracteres que acaban de mencionarse. Esas aproximaciones a la temática de la identidad están centradas en lo consciente, pero aun siendo así, no cabe menospreciar lo que acontece en ese sistema de la psique. Desde el psicoanálisis sabemos que tales determinantes supuestamente “objetivos” forman parte también de la trasmisión psíquica intergeneracional, que se vehicula a través de las identificaciones estructurantes.

Remitirse a las disparidades en lo inconsciente, en lo fantasmático, en lo pulsional y en el goce sitúa la identidad en otro lugar: no en aquello que se *crea ser* -plano esencialmente imaginario de la cuestión- sino en lo simbólico: lo inconsciente, esa tierra ignota, determinante fundamental de la identidad para el psicoanálisis, *nos transforma a todos en extranjeros*, y no sólo ante los demás sino ante nosotros mismos. En esas dimensiones desconocemos quiénes somos, aunque sabemos que esta ignorancia inquietante lleva a revestirnos con los emblemas sociales que toda identidad va generando. Diferenciamos también tales insignias (o señas identitarias externas) de la savia psíquica -lo interno, lo íntimo, lo desconocido- que circula por esas instancias y alimentan las raíces de la identidad.

Aceptar la vertiente simbólica de toda identidad puede ser una ayuda para convivir mejor con lo diverso: el psicoanálisis, al elevar la diferencia a la categoría de universal, nos hace a todos distintos; y a la vez, iguales, justamente por el hecho de ser todos diferentes.⁵ En el registro simbólico se extingue la posibilidad de ordenar tales marcas en función de jerarquías, grados o rangos. Nadie puede argumentar, por ejemplo, que el goce propio es mejor o que otorga privilegios respecto del de los otros; lo dicho es igualmente válido para los rasgos o marcas inconscientes. Quedará entonces por ver cómo desde cada identidad se procesan las producciones reales, simbólicas e imaginarias distintas a la propia.

⁵ Por sí sola esta aceptación es insuficiente para cambiar las convivencias; para tales fines es imprescindible reducir las desigualdades de oportunidades entre los diversos sectores de la población y las injusticias. Lo ético tiene también un lugar importante en esa cuestión.

5.4. Determinación imaginaria de la identidad

Pero además de la determinación simbólica existe una dimensión imaginaria de la identidad. Todas las tienen; todas, sin excepción y ella se manifiesta esencialmente en la vida comunitaria. Este aspecto social de la identidad, tiene consistencia propia, está atravesada por afectos intensos que “cargan” las razones y los argumentos que se emplean para defenderla. Esta faceta identitaria es reforzada mediante mitos fundadores del grupo y por una narrativa épica a ella asociada. Lo mítico siempre está presente en la identidad.

Los determinantes imaginarios son utilizados con frecuencia para establecer *clases* de sujetos en base a rasgos identitarios: mujeres, hombres, italianos, españoles, vascos, catalanes, blancos, negros, católicos, musulmanes, judíos, arquitectos, psicoanalistas, heterosexuales, empleados, etcétera.⁶ Las identidades colectivas se conforman por la reunión de los imaginarios de sus partícipes; se constituyen sobre la base de un conjunto de rasgos compartidos -determinantes efectivos para los miembros de esa comunidad-. Los ingredientes imaginarios que poseen las deslizan subrepticamente -a veces no tanto- hacia lo corporativo: diestramente, se hace valer la identidad para obtener reivindicaciones o para ganar cuotas de poder. Ello conlleva habitualmente pugnas con las otras identidades sociales, porque también ellas apuntan a lo mismo. El objetivo de obtener prerrogativas se hace más evidente cuando las relaciones entre las mismas adquieren tintes de marcada rivalidad.⁷

⁶ No todos los aspectos de la identidad social tienen la misma fuerza que el sexo biológico, la nacionalidad, la etnia o la religión. Va de suyo que se pueden combinar en una persona varios de estos rasgos o pertenencias grupales.

⁷ Esto último es lo que se ha visto con nitidez en los últimos tiempos en España: dos nacionalismos enfrentados: uno, el español, más potente en tanto tiene más adeptos en el conjunto del territorio hispánico y maneja además todos los aparatos del Estado; y otro, el catalán, que se circunscribe a un espacio geográfico más limitado y es a todas luces menos poderoso.

Quizá con cierta dosis de simplificación pueda hablarse de “identidades fuertes” y “débiles”. Las primeras son compartidas por muchísimas personas y tienen un arraigo intenso en lugares geográficos determinados. También suelen poseer una larga historia. Su fortaleza -y, a la vez, su fuente de limitaciones- se debe a la máxima prioridad que conceden a algunos componentes imaginarios y míticos de la identidad, en detrimento de los factores psíquicos o subjetivos (los tratados en 5.2.). Establecida esa primacía, todas las problemáticas se visualizan a través de un único prisma identitario.⁸ De manera paradójica, y tal como se verá más adelante, también otorga firmeza, el grado de reconocimiento o persecución –imaginaria o real- a que ella esté sometida. Antes de la asunción de estos aspectos imaginarios, la potencialidad de lo identitario es amplia; después, queda restringida.

La dimensión imaginaria de la organización psíquica viene a colocar un tupido velo sobre la universalidad de las diferencias entre sujetos. Su otra cara es la agresividad. El narcisismo se erige en bastión que resiste a la aceptación de las diferencias; niega, eclipsa, pretende desconocer los determinantes inconscientes -diferenciales- de todas las identidades. Surge entonces aquello de: ¡primero yo; mejor yo; yo y los míos antes que nadie! De las diferencias universales -aquellas que nos hace a todos distintos y, por lo tanto, a todos semejantes- se pasa a exaltar lo diferente con el objetivo expreso de discriminar y/o menospreciar a los otros. En las reverberaciones imaginarias y fantasmáticas esos otros devienen adversarios, enemigos. En ese plano imaginario, el mejor enemigo es el aniquilado. Las diferencias culturales, religiosas, sociales, étnicas, nacionales, económicas, que obviamente existen, se convierten en excusa o motivo de segregación. Se exigirá mucho respeto para la propia identidad, pero no resultará fácil otorgarlo a la del otro.

Lo imaginario de cada uno que apuntala la identidad social opera “eficazmente” si otorga esa pátina colectiva a lo identitario; se crea

⁸ Recuérdese que siempre coexisten dos vertientes de la identidad: la íntima, personal, privada y la social-comunitaria; si bien ellas marchan siempre conjugadas, es útil diferenciarlas.

un *nosotros* compacto y *los otros*. El goce propio se convierte entonces en una barrera para integrar lo dispar a uno mismo. Son justamente esos ingredientes de la identidad del nativo los que pueden llevar a la discriminación del emigrante o del exilado. La proclividad del humano a la exaltación narcisista y a la fascinación especular no es inocua: lleva agresividad en sus entrañas. El autocontrol de la misma se convierte en una bomba de relojería que puede explotar en cualquier momento.

Al estar presentes ambas dimensiones -imaginaria y simbólica- en todos los sujetos, ellas son el caldo de cultivo en el que se cuece una doble tendencia: la integradora/pacificadora y la excluyente/beligerante respecto de un real: lo diferente. Conviene no entender esta dualidad psíquica a la manera de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, ya que la resignificación retroactiva desde lo edípico hace pasar al narcisismo por los alambiques de la castración.⁹ Dependerá del grado de tal destilación la proclividad a la exaltación de lo propio o hacia la aceptación -siempre relativa- de lo foráneo. La primera de estas propensiones puede sintetizarse así: yo *o* el otro; somos distintos..., soy superior a ti; la segunda: yo *y* el otro; estamos todos en el mismo barco. En función de los pesos relativos de estas dos predisposiciones en cada sujeto, el fiel de la balanza se inclinará hacia uno u otro lado. ¡Nunca faltarán las oscilaciones! Esa coexistencia de ambas en proporciones variables es parte de la condición humana y no permite alentar *grandes* optimismos respecto de los conflictos que estamos refiriendo; tal vez sí una discreta esperanza ya que, pese a todo, suele predominar cierto grado de aceptación de lo diferente, de lo otro, de lo ajeno, de lo forastero, sin que eso signifique la ausencia de injusticias.

Porque, si es cierto que de la obra de Freud puede extraerse que en algún sentido todos somos extranjeros, también puede desprenderse que todos somos xenófobos y racistas. Y ello es así ya que

⁹ Véase en *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas* el capítulo 1 dedicado a “Los cuadros con insuficiente resignificación retroactiva edípica” (C.I.R.R.E.); especialmente el apartado 2.3.1. La retroacción, p. 46.

desde nuestro nacimiento, los objetos que nos estructuraron en tanto sujetos se nos revelaron, a la vez, como aliados y enemigos; como satisfactores y hostiles.¹⁰ Y si esto sucede con los otros primordiales, ¿cómo no acontecerá con el vecino, con los de otra tribu, con los de países diferentes?! Freud introdujo en el psicoanálisis -con inflexiones- algo que ya se sabía desde Hegel: la identidad se constituye en una relación de negatividad y negativización del otro, aspecto éste que algunos fanáticos pueden llevar hasta la exasperación asesina. En el apartado siguiente se volverá a este asunto desde otra perspectiva.

Creo que esta visión más compleja de lo humano -que conlleva sin duda algo de escepticismo- puede ser particularmente útil a los efectos de evitar las escaladas de agravios entre identidades, rebajar las tensiones, tender puentes y también para combatir el racismo y el odio a lo extranjero. El conflicto está en nosotros mismos y rompe los maniqueísmos que presuntamente nos divide en xenófobos-xenófilos; racistas-integracionistas. Por el contrario, si algún agrupamiento puede emerger sería entre los que reconocen sus tendencias xenófobo-racistas y las combaten (o permiten que se las combatan) y aquellos otros que las niegan olímpicamente y terminan actuándolas. Esto implica asumir que el antirracismo y el rechazo a la discriminación no son naturales ni espontáneos; resulta ser más bien una ardua construcción ética del ser humano, que necesita un reaprendizaje constante y exige, por lo tanto, una tarea continua. No hay inmunidad adquirida, permanente y definitiva contra ese “virus”. Si se emprende ese camino podrá descubrirse que el derecho del otro a lo distinto y a la extranjería abre la posibilidad de reconocer las diferencias propias -o la de inventarse alguna forma de ser extranjero, si se lo desea-, para transitar nuevos territorios, desconocidos, lejanos a lo *heimisch* (familiar, hogareño, en la lengua de Freud).

¹⁰ Véase por ejemplo lo que sostiene el vienés en *Proyecto de psicología* (1895), O. C., Amorrortu editores, Buenos Aires, p. 375: “[...] un objeto *como éste* es simultáneamente el primer objeto de satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo aprende el ser humano a discernir.” (Las cursivas son de Freud).

En todo caso, sobre el emigrante recaen contrapartidas: tendrá que admitir las normas, los códigos del país de acogida y actuar en consecuencia. Deberá respetar las costumbres de los nativos tanto o más que las suyas propias. En lo social no le caben privilegios, exenciones ni prebendas especiales, sino las generales de la ley.

Conocer más afinadamente la complejidad de toda subjetividad, estar al tanto de los intrincados laberintos que caracterizan a las relaciones en agrupamientos sociales y saber sobre la diversidad de los factores que entran en juego en la aceptación-rechazo de lo diferente, tal vez permita pensar mejores estrategias de integración. También serviría para no pecar de ignorancia: sin concesiones recíprocas no hay salida para los conflictos identitarios y nacionales.

* * * * *

Lo más difícil no está en la dualidad resultante de la co-presencia de lo imaginario y simbólico en lo psíquico y en la identidad. Es más preocupante la acción de algunos políticos, que se mueven básicamente por olfato electoral. Sabedores de esta duplicidad -¡están al corriente de que la agresividad es constitutiva de lo humano!- exacerban las actitudes segregacionistas, como otra forma de reclutar votos. Soliviantan lo imaginario de cada persona y generan banderas: exaltan el narcisismo de las pequeñas diferencias, sobrevalúan lo supuestamente propio y exclusivo, menospreciando aquello que es diferente. No extraña que en ese contexto recalentado se llegue a las agresiones, que pueden adoptar formas virulentas. No hace falta mucho para exaltar lo que ya está de por sí presente en la psique: las rivalidades y la agresividad, correlatos del narcisismo. Hay algo de demoníaco en esa instrumentación de las diferencias para discriminar, excluir y sacar provechos electorales. El problema no está en las

diferencias sino en adjudicarles valores, para crear rangos entre las personas y/o identidades.¹¹

6. El reconocimiento

En el polo opuesto a los rechazos está el fenómeno del *reconocimiento*. Se trata, dentro de un contexto ético de aceptación de las diferencias, de convenir que los derechos que me corresponden por mi propia identidad sean otorgados asimismo y respetuosamente a la identidad del otro. Esta idea de *reconocimiento* tiene también una de sus raíces en la *Fenomenología del espíritu*, escrita por Hegel hace más de doscientos años. Si se extienden algunas nociones de su conocida dialéctica del amo y del esclavo a otras relaciones, podrá constatarse la frecuencia con que las actitudes de otras personas cumplen un rol destacado en la idea que cada uno tiene -o se hace de sí mismo. Sabemos que la mirada y las actitudes del otro son cruciales en los vínculos humanos habituales; también, en las relaciones entre las identidades y los pueblos. Los actos hostiles y de desprecio generan reacciones en espejo, tics auto-defensivos, realimentación de la agresividad. A *contrario sensu*, la consideración, el respeto, la aceptación suelen crear gratitud y lealtad; siempre dentro de lo humanamente esperable en el marco de un discreto optimismo. Sé que

¹¹ La siguiente experiencia me fue relatada hace tiempo por un analizante. Se trataba de alguien muy respetuoso de las diferencias y justamente por eso es elocuente sobre la facilidad con que se pueden activar los rasgos xenófobos. La persona en cuestión ve caminar por su misma vereda, en dirección contraria a la suya, a otro que va arrojando al suelo pequeños rectángulos de papel -probablemente, tickets de metro ya utilizados-. En el momento en que se cruzan descubre, por los rasgos fisonómicos, que indudablemente se trataba de un extranjero. No viene al caso señalar en este marco el posible origen geográfico del inmigrante, que el relator de estos hechos nombró peyorativamente. Lo nimio de la situación no impide plantear interrogantes: ¿dónde poner el acento? ¿En el acto incívico -que muchos de diferentes geografías podrían realizar- o en la nacionalidad de quién lo cometió? Algunas ideas de Freud recién expuestas explican la frecuencia con que se salta como resortes, desplazando el foco para originar actitudes hostiles. Como ya se dijo, nadie está vacunado definitivamente contra ellas.

estas palabras pueden sonar ingenuas para muchos o un canto al viento para otros; considerarán que no toma en cuenta la realidad ni las luchas enquistadas entre identidades desde hace siglos o décadas, según los casos. Pero lo cierto es que la paz, cuando acaba firmándose, es siempre con los enemigos, los adversarios o los vecinos con los que se tienen conflictos. Y eso es imposible sin concesiones y reconocimientos mutuos. Estas últimas pueden ser escasas o generosas, pero nunca serán dádivas.

7. Ética en lo identitario

Presto más atención a los aspectos que hacen al **sentir** una identidad que al **ser identitario**. Me interesa la dimensión subjetiva de la identidad por sobre la supuestamente “objetiva”, porque esta última instala la cuestión en el campo ontológico, esencialista, sustancialista o en la determinación exclusiva por el terruño. No hay una esencia de la identidad; no existe un elemento único ni último, que sólo y por sí mismo le otorgue una especificidad exclusiva; todas las identidades son combinaciones de diversos ingredientes. Cuantas más pizcas la conformen, ¡mejor!, porque proveen varios prismas para la interpretación de las realidades. En otros términos: habrá menos verdades únicas.

Que ella sea de naturaleza psíquica -no existe transmisión genética ni cromosómica de la identidad -la condena a fluctuaciones, a las dudas, a la vacilación. Lleva a someterla a interrogaciones permanentes: ¿qué es lo vasco, lo gallego, lo argentino o lo urbanita? Me atraen más los enigmas que encierra una identidad que los dogmas forjados en torno a ellas. Los excesos de certidumbre y los abusos sobre “lo auténtico”, la anquilosan. La inestabilidad inherente a todas las identidades genera malestar; si no se lo tolera, surgen las certezas inamovibles, las convicciones profundísimas, los esencialismos identitarios. Estaríamos ante los **puristas** de la identidad; se les reconoce enseguida porque de manera ostensible o encubierta dan a

entender que “lo mío es superior”. Millones de seres humanos han muerto -y siguen muriendo- por ese dislate.

¿Existen determinaciones objetivas de la identidad? Las pongo en duda; las más habituales dentro de esta categoría son aquellas que se asocian al lugar de nacimiento, a la nación o a la etnia; pero éstas son también subjetivas, porque pasan obligadamente por el filtro personal: cada uno siente a su manera el haber nacido en Portugal, Argentina o Galicia; ser de raza blanca, negra o amarilla, psicoanalista o de izquierdas. Hay un real que marca, sin duda, pero ese elemento es rápidamente capturado por lo imaginario y simbólico de cada quien. En contrapartida, que alguien se adscriba o se sienta partícipe de un grupo identitario es incuestionable: nadie debería discutir la identidad que un sujeto se atribuye a sí mismo. Cuando las incertidumbres y los interrogantes que generan la propia identidad son bien procesados se crea un contexto ético de aceptación de las diferencias; en ese ambiente, el derecho y el reconocimiento a la identidad propia exige ser respetuoso de la identidad y de las prebendas del otro.

8. ¿Quién determina qué?

El emigrante ofrece al lugareño una figura o una plataforma para la proyección de lo propio sobre lo foráneo, con los correspondientes retornos de lo proyectado. La construcción de la identidad incluye siempre esos vaivenes: las identidades no son inmanentes, intrínsecas; su creación implica siempre una oposición y diferenciación de las otras. Se olvida con facilidad que la identidad social que se ha adoptado incluyó, en sus momentos de fundación, el contacto, la transacción, el intercambio con otros -con los de al lado, con las demás hordas, clanes, pueblos, razas y países-. Y los efectos de esos antiguos cruces sigue circulando por las venas identitarias. Ignorarlo, no recordarlo o enclaustrarse en una supuesta identidad **pura**, es generador de entropía, de pérdidas. Lo mismo podría decirse de lo opuesto: desconocer la herencia cultural propia.

Ahora bien: ¿quién puede establecer las proporciones de lo propio y de lo ajeno en esa mixtura fundadora?! ¿Quién decide cuáles son los rasgos constitutivos de cada identidad social? ¿El político, que muchas veces antepone su propio interés al de la comunidad que dice representar y defender? ¿Algún sociólogo o antropólogo brillante? Es casi seguro que si lo son rehuirán una respuesta directa y, en todo caso, la matizarían mucho. ¿Un historiador? Siempre surgirá otro que sostenga -“con fundamentos rotundos”- justo lo contrario. ¿Un psicoanalista? Menos que menos. Podría ampliarse la lista de posibles comentaristas, pero temo que las respuestas serán, en lo fundamental, similares. Y ello se debe a que no existe una explicación única o última respecto de esta problemática. Ninguna aproximación al asunto -la psicoanalítica entre ellas- excluye las verdades que pueden aportar estudiosos de otras disciplinas, los poetas, escritores, filósofos, estadistas, juristas, etcétera. Estos diversos enfoques, ¿son articulables entre sí? No todos, necesariamente. Tal vez puedan reunirse las ideas cónsonas y complementarias, de manera tal que la razón psicoanalítica tenga entre ellas también su lugar. Quizá sea necesario admitir previamente que las verdades en el ámbito social están rotas en fragmentos y que todos los implicados en un asunto tienen apenas un trozo de la misma.

Otra cosa son las verdades subjetivas. Cada sujeto singular tiene la potestad de iniciar el camino que le permita develar sus rasgos identitarios inconscientes y sus formas peculiares de goce; allí el psicoanálisis tiene su espacio. Es posible reflexionar también sobre las señas de identidad conscientes; para ello no es imprescindible un psicoanalista. En ese plano son posibles algunas interrogaciones sobre la identidad e incorporarle o restarle los ingredientes que se crean pertinentes. Aceptar y procesar las crisis identitarias suele ser fructífero; el desmontaje que las caracteriza va acompañado de una recomposición. Para tales menesteres puede ser provechoso saber que la tan mentada pluri o multi-culturalidad no es la simple coexistencia de grupos humanos distintos, encerrados cada uno en sus propios

guetos, fenómeno tan bien descrito por Zygmunt Bauman. Sin intercambios reales, sin mezclas, sin composiciones heteróclitas, la interculturalidad es una mera expresión de deseos. Convendrá diferenciar un verdadero mestizaje del disfrute de lo exótico del (o de lo) extranjero; que viene bien lucirlo ante los demás, pero que no integra ni incorpora nada foráneo.

9. El emigrante y el exilado

El emigrante amplifica un fenómeno inherente a toda identidad: es un revelador de la dimensión imaginaria de la misma. Él pone de manifiesto, sin proponérselo, la tendencia de los humanos a los abrazos narcisistas: unión de lo mismo, lo idéntico, lo especular, con exclusión de lo diferente. Y lo hace por una doble vía: al dejar de compartir su identidad con sus paisanos, descubre la importancia de tal sostén. El emigrante y su identidad carente de soporte se halla en estado de sufrimiento; es fácil que se sienta herido y que lo sea también en la realidad. Se hace patente entonces algo que habitualmente pasa desapercibido: el apuntalamiento de la identidad por los otros - en este caso, los de su país de origen-. Pero ese es, justamente, el *modus operandi* de **todas** las identidades en su vertiente social -haya o no emigración-. Los que quedan bajo el mismo paraguas se socorren mutuamente, muchas veces sin saberlo: se identifican entre sí.¹² La firmeza de ese apuntalamiento se nota cuando se pierde. Sucede algo parecido a cuando falla la respiración; en condiciones habituales casi no percibimos su existencia ni la eficacia de su funcionamiento; sólo cuando se perturba valoramos su habitual y silenciosa probidad. ¡Cuántas veces habré escuchado aquello de la necesidad

¹² Esto explica la tendencia generalizada de los emigrantes a hacer piña con sus compatriotas. Este hecho natural y casi espontáneo -sucede con todas las nacionalidades y en todos los países del mundo- no hace sino reforzar, por iniciativa propia, la tendencia al aislamiento, que muchas veces les viene impuesto.

de “tener a alguien a quien yo le importe!” Y no sólo de la boca de emigrantes...

Un capítulo especial dentro de las migraciones es el exilio. La situación del exilado es más complicada aún que la de emigrante: se vio obligado a irse de su país; su identidad -sobre todo la política- no le fue reconocida en su terruño natal y después, al llegar a su lugar de acogida, padeció soledad; se convirtió en un gran desconocido. Tuvo que elegir forzosamente por la vida; la salvó, aunque amputada, desgajada; algo de él quedó en el camino.

Cuando llega a la tierra de acogida siente una cierta euforia por haberse liberado de las persecuciones y padecimientos que vivía en su país pero sufre un choque entre su identidad y las predominantes en el nuevo lugar. Como todo trauma, la intensidad del mismo dependerá de la personalidad de cada exilado y del grado de elaboración que pueda hacer de esa nueva situación, que supondrá conocer y asumir las diferencias de lenguas, códigos, climas y hábitos. Habrá tanto exilios como exilados; en tanto analista me intereso más por la singularidad de cada uno, aunque hay un fenómeno que se repite siempre: el quedarse sin el soporte que los otros -el contexto social de origen- le prestaban. Al dejar de compartir la identidad con sus paisanos, valora en toda su magnitud la importancia de tal sostén. La identidad del exilado, carente de soporte, clama rescate. Si logra un punto de apoyo podrá no perderse en el paisaje o en el fondo de la historia.

Describiré telegráficamente una de las secuencias posibles de un exilio al contar de antemano con la complicidad del lector y el poder evocador de las palabras: alegría inicial, choque de identidades, desamparo, nostalgia, perplejidad, deambular errante, aspiración a regresar a tiempos pasados, con los consiguientes reacomodos ante ese imposible; sobredosis de esfuerzo, adaptación progresiva a lo autóctono, asimilación de fragmentos de lo nuevo; no ser de aquí ni de allá, ilusión de amalgamar lo mejor de los dos mundos; aceptación del exilio, agradecimiento al exilio por lo nuevo que pudo vivir. Es-

tos momentos nunca se transitan a paso firme; siempre habrá tropiezos, marchas y contramarchas, detenciones, caídas, recobramientos y reanudaciones tras las parálisis. El exilio logrado presupone la realización exitosa de un trabajo de duelo por las pérdidas sufridas. Queda siempre una frontera porosa entre el país originario y el de acogida; es imposible deshacerla y, tal vez, innecesario: podría ser una zona de intercambios enriquecedores.

10. Raíces, ramas y puentes

Si la integración del emigrante o exilado acaba siendo relativamente buena -cosa que supone la elaboración de varios duelos- aparecen facetas interesantes, que pueden resumirse en la idea siguiente: su identidad se va complejizando, se va enriqueciendo. Su condición de desenraizado puede combinarse, complementarse, con la adquisición de raíces pequeñas, cortas, múltiples, móviles.

Gilles Deleuze elaboró algunas metáforas interesantes tomando como punto de partida a los rizomas. Se trata de finos tallos que hacen oficio de raíces en las plantas que, como los musgos, carecen de ese órgano. Algunos rizomas¹³ se asemejan bastante a una raíz verdadera; producen hojas escamosas y yemas que generalmente yacen en posición horizontal; un ejemplo prototípico es el lirio común. Crecen horizontalmente, como la hierba. Tras comparar las plantas rizomáticas con los árboles, el filósofo francés derivó algunas conclusiones hacia otros campos: la cultura *arborescente* crece en altura, verticalmente; las raíces hundidas en la tierra le impiden cualquier movimiento; tienen su terreno “vallado”, acotado; la cultura *rizomática*, en cambio, potencia y multiplica las relaciones laterales, prospera en extensión y amplía su zona de presencia hasta donde su

¹³ La partícula **rizo-** proviene del griego *rizha*; es sinónima y afín al latín *radix*, de donde surgió el vocablo castellano *raíz*. Estamos pues, lingüísticamente hablando, ante la raíz de *raíz*.

capacidad de progresión se lo permite; su terruño carece, en principio, de límites.

Traslado estas metáforas al tema central de este trabajo: para el emigrante, la posibilidad de vivir nuevas experiencias, de experimentar con lo autóctono, de adoptar lo que le interesa o apetece, sin por ello perder la savia propia, se convierte en una posibilidad. Estas ideas pueden resumirse en *fabricar rizomas*, ir transformando, complementando, sustituyendo *algunas* raíces originarias, por otras pequeñas y novedosas, lugareñas. El rizoma no deja su área para ocupar otra; va conectando nuevas zonas y las habita con sus colores, con sus formas, con sus fragancias, que se trasforman al fusionarse con los tonos, aspectos y perfumes de lo aledaño.

Es obvio que producir rizomas no es una posibilidad exclusiva de los emigrantes, aunque para ellos sea imperioso cultivar la doble identidad de desenraizados y poli-enraizados en la(s) nueva(s) cultura(s). El que se traslada no pierde su singularidad en las mezclas, en las integraciones, en las asimilaciones: la amplía. Se va implicando progresivamente en aquello que al principio le era bastante ajeno. Estas dobles pertenencias expanden su identidad, especialmente si sus condiciones de vida son lo suficientemente buenas y más aún, si posee capacidad de adaptación y apertura de espíritu. Ganará cierta libertad, no sólo por arrebatarse terreno a las manías que trajo -sobre lo propio, sobre lo ajeno- sino y también, porque le saltan a la vista los nuevos prejuicios que encontró donde se *radicó*. Estos movimientos conllevan con frecuencia la adquisición o ampliación -si ya la tenía- de la sensibilidad universalista; además, se hace refractario a las intolerancias. En pocas palabras: se *arraiga*. No es extraño que este vocablo, al igual que *radicarse* provenga de la palabra raíz.

Puede, según los casos, aprender una nueva lengua; pero ya no dejará de ser un traductor empedernido, por aquello de que “a esto en mi país se lo llama así...” Es casi seguro que continuará siendo extranjero no obstante los cambios subjetivos comentados. A pesar del arraigo y de la adopción de costumbres de los lugareños; para la

mayoría de los nativos será “el de afuera”. Si realizó algún *trabajo de extranjería*, el proceso en su conjunto le supondrá haber transformado su propia identidad. Podrá incluir nuevos rasgos. Hay quienes lo pueden hacer igualmente sin emigrar.

Podrá afirmar: “ya me siento más de aquí que de allá”; pero seguramente en algún momento de ese pasaje sintió desasosiego por aquello de “ya no soy más de allá” y “no seré nunca de aquí”. No suele haber resentimiento ni pesimismo en esta afirmación sino la constatación de un real irreductible: se es extranjero, aún en los casos de las mejores integraciones; se ha venido de otra parte; eso le dejó una marca, una cicatriz, que habla de dos orillas. Se lo recordarán incluso en medio de alabanzas a su país de origen. Es ineludible que hijos y nietos posean estelas de estos procesos, pero ellos iniciarán otra historia. Tampoco cabe disimular o esconder esa procedencia. Si tuvo el deseo, la posibilidad y las energías para elaborar esas transformaciones subjetivas, puede convertirse en una especie de *lanzadera* entre dos culturas. Utilizo este hermoso artilugio de los antiguos telares como metáfora: la lanzadera “*tiene madera*” en su cuerpo y acero en sus puntas; además, una bobina como *corazón*, que va dejando su hilo de un lado al otro del tejido, por encima y por debajo de la urdimbre. Y va haciendo tela..., marinera y de la buena.¹⁴

11. No sirven soluciones simples para problemas complejos

El horno no está para bollos en esta Europa comunitaria, que buscó su integración ya sea vía Maastricht, ya sea incorporando nuevos países y se encontró a barlovento con una crisis económica que la hace zarandear, con fragmentaciones en su seno -el *Brexit*, por

¹⁴ Aquí nuevamente, la función de “traductor”: *tela marinera* es una expresión corriente del castellano de las tierras ibéricas donde se lo usa habitualmente para calificar algo, alguien, una situación o un asunto de difícil solución, enredado, embrollado, enmarañado, confuso, que tiene muchas vueltas o complicaciones.

ejemplo- y con euroescépticos multiplicándose. Pese a todo, quizá sea bueno reconocer que hoy se resuelven algunos asuntos en el Parlamento Europeo que antes se dirimían en los campos de batalla.

El mundo -no sólo Europa- ha cambiado de manera vertiginosa en las últimas décadas: unipolaridad, acelerada globalización; viraje del capitalismo hacia sus formas más salvajes y despiadadas; liberalismo económico a ultranza, hegemonía del capital financiero sobre el industrial, adelgazamiento de los estados, grandes progresos en el campo de las tecnologías que, entre sus variados efectos, ha generado un descenso de la demanda de mano de obra; avances en las ciencias biológicas que comportaron una prolongación de la vida media a mujeres y hombres, sobre todo en Occidente; sofisticadas telecomunicaciones que permiten intercambios entre países, economías y culturas en tiempo real. En fin, épocas en las que acontecen movimientos migratorios de una intensidad y con unas características que los hacen muy diferentes a los que existieron anteriormente. En medio de ese aturdimiento, salvo algunos beneficios marginales, los seres humanos de carne y hueso se han visto borrados del escenario o, en el mejor de los casos, poco tenidos en cuenta. Un ejemplo flagrante de ello es la actitud de la Comunidad Europa hacia los refugiados y la del gobierno actual de los EE.UU. respecto de los inmigrantes.

Caído el muro de Berlín, producida la implosión del llamado bloque socialista, vemos aparecer nuevos murallones, limpiezas raciales, guerras interétnicas, adelgazamiento de los servicios sociales y cada vez más obstáculos para quienes buscan desesperadamente rehacer sus vidas escapando de la miseria. Desde los estados se combate el *síntoma* migración, pero se hace la vista gorda sobre sus causas más profundas y reales. No se quiere percibir lo que está sucediendo: cuantas mayores barreras se ponen al ingreso de personas más se aguza el ingenio para superarlas. Paradojas de este mundo: en él hay libre circulación de mercancías y capitales, pero no de las personas. La Comunidad Europea paga millones de euros a Turquía para que contenga a las decenas de miles de refugiados que huyen

del horror y la miseria. En esta era de lo virtual hasta el sufrimiento dantesco de las poblaciones bombardeadas de Siria parece irreal: no sacude, no llega, no toca nuestras fibras. Muchos muertos, muchas personas sangrando y todos “heridos de la muerte de lo humano, de esa pesadilla que es vivir al otro con rencor, con miedo, amenazante y frente al cual solo queda defenderse hiriéndolo, asustándolo, vejándolo.”¹⁵

Se percibe fácilmente: ha aumentado la insolidaridad y las angustias crecen ante un presente poco grato para las mayorías y un futuro que nadie atisba. Con el telón de fondo comentado se ha ido reproduciendo como al rescoldo, el viejo virus de la xenofobia y el racismo. Al parecer, las toneladas de cenizas producidas por las dos grandes guerras europeas del siglo XX y muchas otras más localizadas, no consiguieron apagar esas ascuas trágicas. El signo de los tiempos avienta toda esperanza ingenua y no deja espacio para negaciones irresponsables de estos acontecimientos. Tales fenómenos no pueden deberse sólo a la más que preocupante cifra de personas sin trabajo. Otra paradoja de los humanos: la memoria se nos ha tornado olvidadiza. Muy poco se habla ya de las conflagraciones que azotaron al Viejo Mundo en la centuria pasada ni de los exilios y emigraciones habidas que desplazaron a muchos europeos hacia todos los rincones del mundo en busca de una vida mejor.¹⁶ Europa se está recluyendo sobre sí misma, y construye fronteras al dolor y horror ajenos. Los gobiernos de Hungría, de Austria y los movimientos racistas de muchos estados del Viejo Mundo, así lo demuestran hoy. Aquí, en España, se habla muy poco acerca de la Guerra Civil y sobre los millones de españoles que emigraron a América Latina y a otras regiones de la tierra. Asimismo, ha proliferado el más común y extendido de todos los racismos: el cotidiano, el popular, el que aparece en las conversaciones callejeras o en un vagón de metro en que se

¹⁵ Párrafo extractado del artículo de José Leal titulado *La huella de la herida: el odio*, publicado en el periódico digital www.catalunyapress.es el 13 de marzo de 2017.

¹⁶ Es lamentable, pero hay indicios convergentes que muestran que el sufrimiento de nuestros antepasados no nos hace mejores en el trato al semejante.

escucha de algunos autóctonos decir: “nos han invadido”, “nos quitan nuestros puestos de trabajo”, “ellos son los que reciben más ayudas sociales”. Ejemplos que hubieran servido a Freud para ilustrar su artículo *La negación*, porque son micro-discursos precedidos casi siempre por “yo no soy racista.”¹⁷

No cometeré la frivolidad de insinuar, siquiera, soluciones a este estado de la cuestión. Lo que diré es a todas luces evidente y se lo puede percibir a simple vista. Opinaré como simple ciudadano. La situación es seria y requiere de estadistas de alto vuelo más que de profanos o políticos enredados en escaramuzas de cortas miras. Es necesario crear y ejecutar políticas migratorias bien pensadas; son imprescindibles que los países donde la gente vive en míseras condiciones, reciban ayudas evitando que algunos sátrapas que los des gobiernan las dirijan a sus arcas. Nadie abandona su tierra porque sí. Hay que dejar de lado las declaraciones huecas de solidaridad con el denominado Tercer Mundo. Ni los dirigentes europeos -actuales y de otras épocas- ni los propios de los países llamados pobres han sido ajenos a los expolios de riquezas habidos. ¡O se asumen responsabilidades o a callar! Los eufemismos, las vistas gordas y las mentiras sobran frente a tanto sufrimiento psíquico y físico. Los llamados “trabajadores invitados” -¡gran eufemismo!- no son engranajes de aluminio.

También se deberá reconocer que el tejido social de los países receptores de emigrantes tiene una cierta y limitada elasticidad, y que si se sobrepasa un tope, pueden aparecer desgarros en esa trama. Hoy más que nunca se requieren respuestas serias ante estos conflictos y ante el fuego xenófobo atizado, ya no sólo por parte de los discriminadores confesos y trasnochados de siempre sino de los partidarios de la “xenofobia democrática” o del “racismo civilizado” (Julia Kristeva).

¹⁷ Léase el artículo de Antonio Soler, publicado el 22/1/18 en el periódico digital www.catalunyapress.es bajo el título de *No es que yo sea racista, pero...*

Está explícito e implícito en varios pasajes de las páginas precedentes que el problema no es sencillo y que la condición humana es hipercompleja. A los comentarios recién hechos se suma una propuesta que deslicé entre líneas en las páginas precedentes: respaldo la existencia y desarrollo de un cosmopolitismo verdadero, de nuevo cuño, contemporáneo y serio, más que romántico; arraigado y arraigante, que esté a la altura de lo que esperamos -pese a todo- de la humanidad.

Es cierto, el malestar en la cultura es incurable, pero sería conveniente que no lo utilicemos para *justificar* la necedad y la indiferencia. Aún queda mucho por hacer en aras de reducir la barbarie. Para tales fines es imprescindible generar reflexiones colectivas que ayuden a crear nuevos asideros ante tantas mutaciones políticas, sociales y subjetivas, algunas de ellas muy alarmantes. No pienso que todo tiempo pasado fue mejor; nuestra sociedad contemporánea recoge tanto lo más nefasto como lo más elevado que creó el género humano.¹⁸ Tal vez apoyándonos en la segunda faceta podríamos buscar y encontrar salidas alternativas a los impasses que nos abruman. Deberíamos promover más diálogos, conociendo una contradicción inherente al uso de las palabras: ellas nos hieren, pueden desgarrarnos, pero también nos alivian y congregan. Al fin y al cabo somos también sujetos de la palabra. Ellas pueden ayudarnos a forjar nuevas versiones de los valores solidarios que el *homo sapiens* siempre tuvo -pese a no ser tan *sapiens* como creíamos-. Pueden colaborar, también, a sostener las diferencias que nos han humanizado a lo largo de la historia. Reconocernos como sujetos de la falta y, simultáneamente, como sujetos del deseo puede facilitar esa tarea. En el plano

¹⁸ Lo inhumano también forma parte de lo humano; habría que rendirse ante esa evidencia. Mientras no la reconozcamos seguiremos engañándonos con falsedades caritativas o con exculpaciones fáciles. La palabra *humano* no es contraria a *inhumano*; no es su verdadero antónimo; ambas juntas se oponen a lo *no humano*. Que jamás se conseguirá librar a la humanidad de la crueldad y de sus correlatos (asesinatos, robos, persecuciones, xenofobias, corrupción y un largo etcétera) no parece ser una idea pesimista. La expectativa no puede ser la de erradicarla definitivamente; a lo sumo, se podría intentar contener, encauzar, reducir nuestra propia crueldad.

social se nos plantea la disyuntiva de vivir en una sociedad cada vez más degradada o en una sociedad que respete las diferencias. En esta lucha se juega nuestra convivencia presente y futura.

Resumen: Este artículo está atravesado por las frecuentes reflexiones del autor sobre la identidad, las migraciones, lo otro, lo diferente, lo extranjero, los conflictos identitarios y el racismo. Tras una caracterización psicoanalítica de la identidad se señala que la misma surge por identificación y al mismo tiempo se mencionan los diversos factores que inciden sobre su constitución. Se destacan dos aspectos de la identidad; uno, más íntimo y personal; otro, su dimensión social. Se hace referencia a la necesidad de diferenciarlas pese a la habitual conjunción de ambas. Por último, se comentan las situaciones derivadas del recrudecimiento de los conflictos identitarios, del racismo y de la xenofobia en las zonas álgidas del planeta.

Descriptores: Identidad, Simbólico, Imaginario, Migración, Exilio, Racismo.

Symbolic and imaginary determinants of identity: migration, exile, racism and xenophobia

Abstract: This article is crossed by the frequent reflections of the author on identity, migrations, the other, the different, the foreign, identity conflicts and racism. After a psychoanalytic characterization of identity it is pointed that it arises by identification; and at the same time, the different factors that affect its constitution are named. Two aspects of identity stand out; one, more intimate and personal; another, its social dimension. Reference is made to the need to differentiate them despite the usual combination of both. Finally, the situations arising from the intensification of identity conflicts, racism and xenophobia in the hot areas of the planet are commented.

Keywords: Identity, Symbolic, Imaginary, Migration, Exile, Racism.

Déterminants symboliques et imaginaires de l'identité: migration, exil, racisme et xénophobie

Résumé: Cet article est traversé par les fréquentes réflexions de l'auteur sur l'identité, les migrations, l'autre, le différent, l'étranger, les conflits identitaires et le racisme. Après une caractérisation psychanalytique de l'identité, il est souligné qu'elle fait son apparition par identification; au même temps, les divers facteurs qui influencent sa constitution sont nommés. Deux aspects de l'identité se détachent; un, plus intime et personnel; un autre: sa dimension sociale. Il est fait référence à la nécessité de les différencier malgré la combinaison habituelle des deux. Enfin, les situations résultant de l'intensification des conflits identitaires, du racisme et de la xénophobie dans les zones algide de la planète sont commentés.

Mots-clés: Identité, Symbolique, Imaginaire, Migration, Exil, Racisme.

Víctor Korman: Psiquiatra, Psicoanalista y Doctor en Psicoanálisis por la Universidad Complutense de Madrid. Fue médico residente y concurrente del Servicio de Psicopatología del Hospital Gregorio Aráoz Alfaro (Lanús, Pcia. de Buenos Aires). Inició su formación en Buenos Aires y la continuó en París. Reside en Barcelona desde 1977. Fue fundador del Espacio Abierto de Trabajo en Psicoanálisis y formó parte del Consejo de redacción de la Revista Tres al Cuarto. Es miembro del Comité Asesor de iPsi (Barcelona), profesor invitado en el Master de Psicoterapia Psicoanalítica de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Comisión Organizadora del Nuevo Espacio Abierto. Publicó varios libros, colaboró con diversas revistas de psicoanálisis y dictó conferencias en universidades, hospitales y asociaciones psicoanalíticas de Europa y América Latina.

Referencias

- Bauman, Z. (2013) *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Freud, S. *Obras Completas*; Amorrortu ediciones, Buenos Aires.
- *La negación* (1925); Amorrortu ediciones, Buenos Aires, Tomo 19, pág. 249.
- *Proyecto de psicología* (1887), Amorrortu ediciones, Buenos Aires. Tomo 1, pág. 211.
- *El yo y el ello* (1923); Amorrortu editores, Buenos Aires, Tomo 19, pág.33.

- Korman, V. (2017). *Estudios Psicoanalíticos*. Trasmisión psíquica intergeneracional inconsciente. La identificación. Tomo 10. Ediciones Triburgo Barcelona.
- (2005) *El espacio Psicoanalítico*; Editorial Síntesis, Madrid.
- (2010) *Trencadís. Gaudianas psicoanalíticas*. nc ediciones, Barcelona.
- Kristeva, J. (1991): *Extranjeros para nosotros mismos*, Plaza & Janés, Barcelona.
- Lacan, J. (1960) “La subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”; en *Escritos I*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Prigogine, I. (1983) *¿Tan solo una ilusión?* Tusquets editores, Barcelona.
- Tourn, L. (2003) *Chemin de l'exil*, Éditions Campagne première, Paris.
- Wieviorka, M. (2015) *Retour au sens*, Robert Laffont, Paris.
- (1991) *L'Espace du racisme*, Seuil, Paris.